

do Voltaire en ser cristiano, en cuyo caso disputaría hoy á Racine la palma de las musas. Sus obras habrían tomado aquel lustre moral sin el cual no hay cosa perfecta; se hallarían también en ellas aquellas preciosas memorias del tiempo antiguo, de cuya ausencia forma en ellas un gran vacío. El que llega á negar el Dios de su país, es casi siempre un hombre que no respeta la memoria de sus padres; no halla interés alguno en los sepulcros, y las instituciones de sus abuelos le parecen unas costumbres bárbaras. No encuentra placer en recordarse las sentencias, sabiduría y gustos de su madre.

Sin embargo de esto, no se puede negar que la mayor parte del genio se compone de esta especie de recuerdos: lo mejor que un autor puede estar en un libro, son las sensaciones que le recuerdan los primeros años de su juventud. Voltaire quebrantó estas reglas críticas; aunque tan dulce, burlándose continuamente de las costumbres y leyes de nuestros antepasados. ¿En qué consiste que desagrada á un inerte niño aquello mismo que embelosa á los demás mortales?

La religión es el mas poderoso motivo del amor de la patria, y los escritores piadosos han separado siempre en sus escritos este noble sentimiento. ¡Con qué respeto y magnífica opinion hablan siempre de la Francia los escritores del siglo de Luis XIV! ¡Infeliz de aquel que insulta á su país! ¡Cuánse la patria de ser ingrata antes que nos cansemos de amarla; sea nuestro corazón mas grande que sus injusticias.

Si el hombre religioso ama á su patria es porque tiene un espíritu sencillo y porque los sentimientos naturales que nos inclinan á los campos de nuestros abuelos, son como el fondo y la disposición de su corazón. Extiende la mano á sus padres y á sus hijos; está plantado en el suelo nativo como el tronco de una encina que no debajo de sí sus viejas raíces metidas en la tierra, y en la cima unas yemas tiernas que suben hacia el cielo.

Mr. Rousseau es uno de los escritores del siglo XVIII en cuyo estilo se nota mas encanto, porque este hombre, extravagante con intento, tenía á lo menos una sombra de religión. Creía alguna cosa que no era *Jesucristo* pero sí el *Evangelio*; sin embargo, esta fantasma de cristianismo tal cual era, suministró muchas gracias á su genio. ¡Cuanto mejor le hubiera sido si este hombre que tanto declamó contra los sofistas, haberse entregado á toda la ternura de su alma y no perderse como ellos en unos vanos sistemas, con los que solo consiguió resucitar errores antiguos!

Nada faltaría á Mr. Buffon si tuviera tanta sensibilidad como elocuencia. Extraña advertencia que debemos hacer á cada instante, y que por mas que le repitamos sin intermisión, nunca sabremos convencer demasiado de ella al

siglo: *Sin religion no hay sensibilidad.* Mr. Buffon sorprende con su estilo, pero raras veces excita á la ternura. Leed el admirable artículo del perro: en él pinta todos los perros, el de caza, el de ganado, el salvaje, el perro gran señor, el señorito, etc. Pero aquí perro es el que le falta? el perro del ciego. Y este es precisamente el perro de que se hubiera acordado el cristiano.

Aunque en lo general se ocultaron á Mr. Buffon las relaciones tiernas, es preciso hacer justicia á este gran pintor de la naturaleza, cuyo estilo es de una rara perfección. Para guardar bien las proporciones y para no ser jamás alto ni bajo con demasía, es menester observar una medida exacta en el espíritu y en la conducta. Mr. Buffon se sabe que respaldaba todo lo que se debe respetar. No creía que la filosofía consistiese en publicar la incredulidad y en insultar los altares de veinticuatro millones de almas. Era ajustado en los deberes de cristiano, y dala de ello ejemplo á sus criados. Rousseau se cifia á lo principal, y despreciando las formas del culto, muestra en sus escritos la ternura de la religión con el perverso tono de los sofistas: Buffon al contrario, tiene la aridez de la filosofía con el decoro debido á la religión. El cristianismo puso en el estilo del primero el encanto, el abandono y el amor, y en el del segundo el orden, la claridad y la magnificencia. De este modo las obras de estos dos hombres tan célebres traen consigo, en el bien y en el mal, la señal de lo que han escogido ó desechado con respecto á la religión.

Quando nombramos á Mr. Montesquieu, recordamos el verdadero hombre grande del siglo XVIII. *El Espíritu de las leyes y las Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos*, subsistirá por largo tiempo como la lengua en que están escritas. Si Montesquieu, en una obra de su juventud, dejó por desgracia caer sobre la religión algunos rasgos que dirigia contra nuestras costumbres, no fué mas que un error pasajero y una especie de tributo pagado á la corrupción de la reñencia.¹ Pero en el libro que le colocó en el número de los hombres ilustres, reparó magníficamente sus faltas haciendo un elogio del culto que habia tenido la imprudencia de atacar. La madurez de sus años y el interés mismo de su gloria le hicieron conocer que para elevar un monumento durable, era preciso abrir los diámetros en un suelo menos movedizo que el polvo del mundo; y su genio, que abrazaba todas las edades, se apoyó sobre la sola religión á quien están prometidos todos los tiempos.

Resulta, pues, de todas nuestras observaciones, que casi todos los defectos de los escritores del siglo XVIII consisten únicamente en un falaz sistema de filosofía, y que si hubiesen sido

¹ Véase la nota 31 al fin de la obra.

mas religiosos, se hubieran acercado mas á la perfección.

Se ha notado en nuestro siglo (aunque con alguna excepcion una especie de aborto general de talentos; se podia decir que la impiedad, que todo lo esteriliza, se manifiesta tambien por una especie de pobreza de la naturaleza física. Echad la vista sobre las generaciones que sucedieron inmediatamente al siglo de Luis XIV. ¿Dónde están aquellos hombres de figuras apacibles y majestuosas, de un porte y vestido noble, lenguaje puro, aire guerrero, conquistador ó inspirado de las artes? Se buscan y no se encuentran. Unos pocos bajos los altos pórticos de los monumentos de otra edad. Respiran sobre su dura frente el eguismo y el desprecio de Dios; han perdido la nobleza del vestido y la pureza del lenguaje. Se les puede tener no por hijos, sino por bufones de la grande raza que los ha precedido.

Los discípulos de la nueva escuela marchaban la imaginación con una especie de verdad que no es la verdadera. El estilo de estos hombres es árido, su expresion sin franqueza y su imaginación sin amor y sin fuego. No tienen unción, ni abundancia, ni sencillez. No se halla en sus obras cosa alguna sólida ni completa; tampoco se ve en ellas la inmensidad, porque les falta la divinidad. En lugar de aquella suave religión y de aquel armonioso instrumento que empleaban los escritores del siglo de Luis XIV para encontrar el tono de su elocuencia, los autores modernos se valen de una estrecha filosofía que va dividiendo y subdividiendo todo, midiendo á compás los sentimientos, sujetando á cálculo hasta la misma alma, y reduciendo al universo, incluso á Dios, á una pasajera sustraccion de la vida.

Por esta razon el siglo XVIII se disminuyó fuertemente en la perspectiva, mientras que el siglo XVII se aumenta á proporcion que nos alejamos de él: el uno de ellos se baja y el otro sube hasta los cielos. Por mas que se quiera deprimir el genio de Bossuet y de Racine, tendrá siempre la suerte de aquella figura grande de Hamero que se percibe detrás de todas las edades: algun otra vez se halla oscurecida con el polvo que levanta un siglo al pasar; pero desde el momento que se disipa la nube, aparece de nuevo la majestuosa figura que se aumentó para dominar las nuevas ruinas.¹

LIBRO QUINTO.

ARMONIA DE LA RELIGION CRISTIANA CON LAS ESCENAS DE LA NATURALEZA Y LAS PASIONES DEL CORAZON HUMANO.

CAPITULO I.

DIVISION DE LAS ARMONÍAS.

Antes de pasar á la descripción del culto, nos resta examinar algunos asuntos que no pudimos desentrañar en los libros precedentes. Estos asuntos corresponden á la parte física ó moral de las artes. De este modo las situaciones de los monasterios religiosos, etc., pertenecen á la parte material de la arquitectura, al paso que los efectos de la doctrina cristiana, con las pasiones del corazón del hombre y los cuadros de la naturaleza, entran en la parte dramática y descriptiva de la poesia.

Tales son las cosas que remitimos en este libro bajo el título general de *armonías*, etc.

CAPITULO II

ARMONÍAS FÍSICAS.—SITIOS DE LOS MONUMENTOS RELIGIOSOS, CONVENTOS MARONITAS, COPTOS, ETC.

Hay en las cosas humanas dos especies de naturalezas, colocadas la una al principio de la sociedad y la otra al fin. A no ser así, alejándose siempre el hombre de su origen, llegaría á ser una especie de monstruo; pero por una ley de la Providencia, cuanto mas se civiliza mas se acerca á su primer estado; y así sucede que la ciencia en su mayor elevacion es la ignorancia y que las artes perfectas son la naturaleza.

La última naturaleza ó la naturaleza de la sociedad, es la mas hermosa; su genio es el instinto y su virtud la inocencia, porque el genio y la virtud del hombre civilizado no son mas que el instinto y la inocencia del salvaje perfeccionados. Nadie, pues, puede comparar un indio del Canadá con Sócrates, aunque el primero llegase á ser, hablando en rigor, tan moral como el segundo: de lo contrario, sería preciso decir que la paz de las pasiones dormidas en un niño tiene la misma excelencia que la paz de las pasiones dormidas en el hombre; que el ser puramente sensitivo es igual al ser pensador, lo cual sería lo mismo que decir que la debilidad es tan bella como la fuerza. Un lago pequeño no arruina sus orillas ni lo admira nadie; su impotencia constituye su reposo; pero se aprecia la calma en el mar porque tiene el poder de las tempestades, y se admira el silencio de las concauidades del abismo porque sale de la misma profundidad de las aguas.

¹ Véase la nota 33 al fin de la obra.

Entre los siglos de la naturaleza y los de la civilización, hay otros que hemos llamado *de barbarie*. Los antiguos no los conocieron; se componen de la repentina reunión de un pueblo político con otro salvaje. Estas edades merecen atención por la corrupción del gusto. Por una parte, el hombre salvaje, apoderándose de las artes, no tiene bastante primor para llevarlas hasta la elegancia, ni el hombre social tiene bastante simplicidad para descender otra vez á la sola naturaleza.

Entonces no se puede esperar cosa alguna pura sino en los asuntos en que una causa moral obra por sí misma, sin independencia de causas temporales. Por esta razón los primeros solitarios, entregados al delicado y severo gusto de la religión, que jamás engaña cuando se mezcla con ella cosa extraña, escogieron en todos los parajes del mundo los sitios más admirables para fundar allí sus monasterios.¹ No hay ermitaño que no elija, como Claudio Loreno ó Le Nôtre, una peña para colocar su gruta.

En la cordillera del Líbano se ven por todas partes conventos maronitas edificados sobre abismos. Para llegar á los unos, es preciso atravesar largas cavernas, cuyas entradas se cierran con peñascos, y no se puede salir á los otros sino metiéndose en una cesta colgada. El *rio santo* sale á borbotones de la faldá de la montaña; el bosque de árboles negros domina aquel sitio, y él mismo está dominado de unas alturas redondas que viste la nieve con su blanquear. No se acaba el milagro sino cuando se llega al monasterio: por dentro hay viñas, arroyos y arboledas, y por de fuera una naturaleza horrible, y una tierra que se pierde y desaparece con sus ríos, sus campos y sus mares, en azuladas profundidades. Alimentados con la religión los piadosos solitarios, entre la tierra y el firmamento, sobre aquellas rocas escarpadas, levantan hácia el cielo su vuelo como las águilas de la montaña.

Las celdillas redondas y separadas de los conventos egipcios están cercadas de un muro que los defiende de los árabes. Desde lo alto de la torre que está en medio de estos conventos, se descubren unos arroyales donde se perciben las parducas puntas de las pirámides ó mojonas que señalan el camino al viajero. Algunas veces se ven á lo lejos carávanas abisinas, beduinos vagabundos, que pasan á lo lejos á uno de los horizontes de la mordeza extension; otro, el aire de Mediodía oculta la perspectiva en una atmósfera de polvo. Alumbra la luna un suelo desnudo, donde las mudas brisas no hallan siquiera una mata de yerba en que formar su voz. El desierto sin árboles se presenta por todos lados sin sombra y solo en los edificios del monasterio se hallan algunos velos de la noche.

En el istmo de Panamá en América, contem-

pla el cenobita desde lo alto de su convento los dos mares que bañan las riberas del Nuevo Mundo; agitado muchas veces el uno cuando está al otro tranquilo y ofreciendo á la meditación los dos cuadros de la calma y de la tempestad. Los conventos situados en las Andes ven á lo lejos estrellarse las olas del Océano Pacífico. Un cielo transparente disminuye el círculo de los horizontes sobre la tierra y los mares, y parece que encierra el edificio de la religión bajo un globo de cristal. La flor capuchina, reemplazando la hiedra religiosa, borda con sus cifras de púrpura las sagradas paredes; el Lama atraviesa la corriente sobre un flotante puente de juncos, y el infeliz peruviano viene á orar al Dios de Las Cascas.

Todo el mundo ha visto en Europa las antiguas abadías ocultas en la espesura de los bosques, las cuales no se descubren á los viajeros sino por sus campanarios que se divisan sobre la cumbre de las encinas. Los monumentos ordinarios reciben la religión cristiana de los paisajes que los rodean; pero la religión cristiana hermosa el teatro en que pone sus alturas y enlaga sus decoraciones sagradas. En la historia de René hemos hablado de los sitios que ocupaban los conventos europeos y pintamos algunos de sus efectos en medio de las escenas de la naturaleza; mas para acabar de mostrar al lector estos monumentos, le presentaremos aquí un precioso trozo que debemos á la amistad. Su autor lo mudó de tal modo, que es, por decirlo así, una obra original. Estos preciosos versos mostrarán á los poetas modernos que mas ganarian sus Musas meditando en los antiguos claustros, que haciéndose el eco de la impiedad.

LA CARTUJA DE PARIS.

Ancianos claustros, que encerrais los votos
Con que el cielo se estrechará los queridos
Discípulos de Bruno; claustros santos,
Abridme vuestras puertas sencillas.
Dejad que yo me pierda en esos bellos
Y rústicos jardines, donde huico
Cafinán de la corte, tantas veces
A contemplar sobre su suerte vino.
Yo conozco á Paris, y mis ideas
Españadas acaso en su recinto,
En vano atar el hilo informe quieren,
Porque á romperse vuelve de continuo.
A recoger mis vagas ilusiones
Vengo no mas. Huid, ruidosos sitios,
Tullerías, jardines deliciosos,
Cuya simplicidad del áureo siglo
De Luis nos pinta el brillo y la grandeza,
Lejos de mí: prefiero este retiro.
En donde el alma menos distraída
Puede gozar su plácido atractivo.
La soledad me agrada, y á ella sola
Consegré los primeros versos míos.

Ya setiembre se aleja de nosotros,
Alumbra con rayos menos vivos
La inmensa tierra, y aun la calma crece,
Que á este lugar mi espíritu ha traído.
Su opaca luz, tan grata á nuestros ojos,
Su verde oscuro, su carácter mismo.
Lleno de gravedad, ¡cuál se conforman
Con el luto monástico! Códico
Irme á encerrar en sus espesos bosques,
Y recostado sobre el césped limpio,
Gozar del aire puro, y de la sombra
Silenciosa que cubre su recinto.
Esa triunfal y costosa carrea
De la opulencia solo prosidido;
Ese agitado pueblo, ese confuso
E incesante rumor, el dulce asilo
De los hijos de Bruno no perturban,
Tranquilos en el seno del bullicio.
El tiempo pasa en mil distintas formas,
De su inconstancia y su rigor seguido
En torno de ellos, arrastrando siempre
La fantástica pompa de los siglos.
Huyendo su falsicia, y solamente
De las cosas eternas poseídos,
Ven lo demás como soñado todo.
¿Y aun á dolerosos llega su destino?
¿Qué preocupacion tan obstinada
Condena á aqueos miseros, decimos,
A tan rígidas leyes, y les guía
Tirpamente á un piadoso suicidio?
Ellos viven y mueren en silencio,
De la tristora y el pesar roídos.
En laminas de bronce guarda el ara
Sus ternos votos, y el desecho impío
Es el que habita en sus estrechas celdas."

.....
Vosotros, pues, que os lastimais ahora
De estas crédulas víctimas, conmigo
Penetrad sus paredes religiosas.
No respirais, decid, en su retiro
Las auras apacibles de los cielos?
Si: vuestras penas se han desvanecido:
Callaron las pasiones, y del claustro
Las tinieblas os tienen complacidos.
Mas ¿qué sonido lígubre desciende
De la torre, y conternra este recinto?
Es del tiempo el susurro terrible,
Que en esos tristes dicos al embobido
Y humilde anaocreta: "Ten presente
" Tu postimer instante." Aquel sonido
En la bóveda espira lentamente,
Pero deja en sus almas el indicio
De su consternacion. "A esta funesta
Y lígubre señal, en los sombríos
Y pavorosos atrios do caminan,
Los ojos tristes en la tierra fijos,
Se paran á leer en un sepulcro
Un epitafio gótico, esculpido
En sus piedras, y casi ya borrado.
¡Oh cuadros elocuentes! yo os admiró.
Mi tierno corazón ¡cuál se complace

En esos chapiteles denegridos;
En esa hidra á la pared asida,
Donde entonan las aves sus graznidos;
En ese busto donde el musgo crece,
En aqueo monótono sonido
De la campana; en ese agustino templo,
De donde cada aurora percibimas
Santos conciertos que los aires llevan;
En ese césped que crecer distingo
Sobre esas frías y modestas losas,
Adonde el cenobita muy tranquilo
Pasó al silencio de una dulce muerte
Desde el silencio de su triste asilo
Sin embargo, las sombras pavorosas
Sus paredes enlutan de continuo,
Y las alturas de Meudon cuentan
A mis ojos el sol: mueren sus brillos,
Y al día sigue la espantosa noche.
Alumbra nueva aurora de improviso,
Y elevándose va majestuosa
Hasta las altas cúspides del rico
Palacio' del gran Médicis; blanquea
Sus cumbres y mis ojos encantados
Su luz distrahen por sus claros vidrios.
El astro de la noche, desde el cielo
Sobre las tumbas de los claustros fríos
Lanzar parece un día misterioso,
Reflejando en aquel beato sitio
La dulce luz que al bienaventurado
Cierra por siempre el párpado sumido.
Aquí el horror no veo de la muerte:
Su aspecto me enterneca de continuo,
Pero jamás me asombra. "Si me engañó?
Oligamos. ¡Cuñil resacaen los festivos
Ecos en esas bóvedas heladas!
Las invisibles arpas á mi oído
Trasladan su dulcísima armonía,
Y velada su frente, de el Olimpo
Baja la religión consoladora.
Ya se acerca, y su espíritu tranquilo
En vuestros corazones se insinúa,
Y en alta el eco os desconocido
De un Dios que os dice: "En el fragoso centro
" Del desierto buscarne habeis, mis hijos,
" Que en él me encontraréis, y con vosotros
" Seré, cuando invoquéis el nombre mío."
Sin embargo, del seno de esa calma
Volved los ojos: ved ¡cuán embobidos
Se afanan y se agitan los mortales
Tras la vana esperanza, que engreídos
Y engañados los lleva, y de ellos huí!
Recordad las costumbres de los siglos
Bárbaros y salvajes en que á Europa
Inundaron los vándalos y los godos,
Los fieros lombardos y los godos,
Disputando sus vastos señorios;
Sin freno obraba la insolente fuerza,
Y el débil lamentaba su asilo.
Decidme, pues, ¿construierais qua entonces

1 El Excmo. Obispo.

Huyendo los Benitos y Baslios
 Edad tan estragada, procuraran
 Al infeliz algún sagrado asilo?
 Desiertos pavorosos del Oriente,
 Abrasadas arenas, altos riscos,
 Selvas tebidas, frías catacumbas,
 ¿A cuántos miserables perseguidos
 En la espesura vuestra libertades
 Da la vil servidumbre, ó el cuchillo?
 Allí fué donde ocultos los cristianos,
 De su fe solamente protegidos,
 Y de Dios solamente acompañados,
 Oraban sin temor de los suplicios.
 Sus tiranos no osaban ya buscarles,
 Y aun de sus mismas culpas opruidos,
 Venían á implorar no pocas veces
 El perdón á sus piés arrependidos.
 Yo descubro en las miserables reliquias
 De Tebas y Cartago oscuros silos
 Y ancianas torres, cuyos tristes senos
 Habitan, de las cortas fugitivas
 Inútiles pontoneras. Las visiones
 Mamudécas á fuerza de celosios;
 Mas sus austeridades no crecen
 De inocentes recreos. Su Dios mismo
 Mandó que los desiertos florecieran
 Bajo sus piés. Los árboles sombríos
 Que refrescan de Siria las llanuras,
 Al reposo les brindan de continuo.
 Ellas pasean del Jordán la orilla,
 Y del sagrado Líbano, sumisos
 Los altísimos cedros, hasta el cielo
 Suben sus tiernos votos y gemidos.
 Aquellas cuevas su apacible sueño
 Favorecen, y á veces el graznido
 De la aguililla mas antes les despierta,
 Y al Criador sus éxtaticos festivos
 Entonan, de la roca solitaria
 Al rumor del torrente cristalino.
 Que en torno corre, y que su sed apaga.
 Entonces, por ventura, de improviso
 Se les presenta un ángel que los trae
 Un mensaje de paz del cielo mismo.
 Mas ¡ay! que ni aun así viven exentos
 De penas, sinsabores y conflictos.
 Gerónimo, la gloria de aquel tiempo,
 Cubierto de cenizas y cilicios,
 Por los vicios de Roma fué asediado
 En el mismo rincón de su retiro.
 Mas de una vez del mismo seno oscuro
 De los claustros se exhalan los suspiros
 Del fiero amor en las oscuras noches.
 En vano, austera, recharzale quiso
 La penitencia misma: él se introdujo
 Con traje de el dolor mas excesivo,
 Y convertido en llanto á nuestro Dios se entrega.
 ¿Quién no tributa un lánguido suspiro
 A Cominge y Rancé? ¿quién sus amores
 Ignora? ¿á quién sus penas no han dolido?
 Y tú, infeliz vestal del Paraceto;
 Tú, cuyo solo nombre, como he visto,

Turba al alma amorosa; tú, Heloisa,
 Que sin el juramento establecido
 Disto al amor tan nuevos sentimientos;
 Tú, á quien el hombre mas amante y fino
 Ansioso busca en la mujer que adora,
 Tu dulce nombre ¿á quién no ha enterecido?
 ¿Cuántas veces huyendo el fatuo mundo,
 Busqué en París el venturoso asilo
 Donde pasaste tus floridos años!
 Aquellos torreonos bien antiguos
 De nuestra catedral han conservado
 Tu tierna historia. Todo en aquel sitio
 Habla aun, Heloisa. Allí se miran
 Do Fulbert y su casa los vestigios;
 Y aun en honor de tu querida sombra
 Aseguran, que en aquel rincón,
 A la hora de tu culposo desgraciado,
 Cada un año se oían mil gemidos.
 Apenas lee la amorosa jóven
 Tu enamorada carta, de improviso
 Se turba, su querido lo conoce,
 Y el fúgito voto avisa su cariño.
 Pero ¿qué hago imprudente? ¿De amor hablo
 En el santo lugar por do camino,
 Rodeado de avisos de la muerte
 Y amenazas de un Dios que está ofendido?
 Llenas se ven estas paredes todas
 De anatemas que el ángel dejó escritos:
 A cada paso lee: *Dios, venganza,
 Infierno.* En todas el rigor diviso,
 Mas la clemencia no. Sombrio claustro,
 De donde el tierno amor está proscrito,
 Donde la sensación mas grata es culpa,
 Y llenas mienos los deseos míos.
 De la imaginación arrebatado
 Amé tu paz, mas iba su retiro;
 Pero mas agradables sentimientos
 Necesita mi espíritu abatido.
 Esos deberes rigidos aterra
 Mi flaqueza. En aquel momento mismo
 En que, desengañado por el tiempo,
 De mis pasiones vea los delirios,
 Y sus placeres alternados vengam
 Con triste lloro y lánguidos gemidos;
 Cuando en mi pecho algún dolor se encierra;
 En aquellos instantes mas queridos
 Y dulces á un poeta, que, cansado
 Del engañoso mundo y su bulleite,
 Quiere gozar de sí mas libremente,
 Y delirar al menos sin testigos,
 A tí volveré entonces, ó apacible
 Soledad, á olvidar en tu retiro
 De la ciudad las penas y disgustos,
 Y hallar bajo tus techos denegridos
 Los mismos sentimientos que bosquejo
 En estos mal limados versos míos.

1 Heloisa vivía en el claustro de *Notre-Dame* (Nuestra Señora): aun se ve la casa de su tío el abad Fulbert.

CAPITULO III.

DE LAS RUINAS EN GENERAL.—LAS HAY DE DOS ESPECIES.

Del exámen de los sitios de los monumentos cristianos, pasamos á los efectos de las ruinas de los mismos monumentos. Estos presentan al corazón unos majestuosos recuerdos y á las artes unas admirables composiciones. Consigno algunas páginas á esta poética de los difuntos.

Todos los hombres tienen una secreta inclinación á las ruinas. Este sentimiento mira á la fragilidad de nuestra naturaleza y á una secreta conformidad que se advierte entre los monumentos destruidos y la rapidez de nuestra existencia. A esto se agrega tambien una idea que consuela nuestra pequeñez, viendo que pueblos enteros y hombres famosos no han podido pasar de aquel corto número de dias señalados á nuestra propia oscuridad. De este modo, presentan las ruinas una grande moralidad en medio de las escenas de la naturaleza; y cuando llegan á mostrarnos en un cuadro, en vano se procura dirigir la vista á otra parte, porque vuelve pronto á fijarse en ellas. Y ¿cómo no han de pasar las obras de los hombres, cuando el mismo sol que los alumina ha de caer de su bóveda? Solo está exento de las ruinas el imperio de aquel que lo colocó en los cielos.

Hay dos especies de ruinas: las unas son obra del tiempo y las otras de los hombres. Las primeras nada tienen de desagradable, porque la naturaleza trabaja con los años: si estos hacen descombrar, aquella siembra flores; si los unos descubren un sepulcro, la otra coloca allí el ruido de una paloma; y ocupada continuamente en reproducir, rodea la muerte con las mas dulces ilusiones de la vida.

Las segundas ruinas son mas bien desolaciones que ruinas, y no ofrecen mas que la imagen de la nada, sin un poder reparador: como obra de la desgracia y no de los años, se parecen á los cabellos blancos en la cabeza de la juventud. Las destrucciones de los hombres son por otra parte mucho mas violentas y mas completas que las de los años; estos miran, pero aquellos duelen por tierra. Cuando Dios, por sus ocultos juicios, quiere apresurar las ruinas del mundo, manda á que entrene su hoz al hombre, y entonces ve el tiempo con espanto cómo arruinamos en un instante lo que él necesitaba muchos siglos para destruir.

Paseándonos un dia por detrás del palacio de Luxemburgo, nos hallamos cerca de la misma Cartuja que ha deserto Mr. de Fontanes. Vimos una iglesia cuyo techo estaba hundido, arrancados los plomos de las ventanas y cerradas las puertas con tablas derechos. La mayor parte de las otras obras de este monasterio ya no existían. Nos paseamos

largo rato por medio de las piedras sepulcrales de mármol negro esparcidas por el suelo, algunas de las cuales estaban del todo hechas pedrazos, y otras conservaban aun varios fragmentos de epitafios. Entramos en el claustro interior, en donde vímosos diestros y ciertos silvestres que crecían entre escombros y yerbas altas. En las paredes se conservaban unas pinturas medio borradas que representaban la vida de san Bruno. Junto al alero de la iglesia subsistía un reloj de sol, y en el santuario, en lugar de aquel himno de paz que se cantaba antes en honor de los difuntos, se oía el instrumento del trabajador que cerraba los sepulcros.

Las reflexiones que hicimos en este sitio, las puede hacer todo el mundo. Salimos allí con el corazón enternecido, y nos metimos en el arrabal vecino, sin saber adónde íbamos. Se acercaba ya la noche, y al pasar entre dos paredes altas que estaban en una calle desierta, oímos de repente el sonido de un órgano que salía del fondo de una iglesia vecina donde se celebraba la octava de una iglesia vecina donde se celebraba la octava de *Laudate Dominum omnes gentes*. No es posible pintar el efecto que hicieron en nosotros estos cánticos religiosos; nos pareció oír una voz del cielo que nos decía: *Cristiano sin fe, ¿por qué pierdes la esperanza? ¿Piensas acaso que nudo de desgracias como los hombres, ó que abandonó porque castigo? En vez de acusar mis decretos, procura imitar á estos siervos fieles que bendicen los golpes de mi mano hasta el día de las ruinas á que los reduzco.*

Entramos en la iglesia al tiempo que echaba la bendición el sacerdote. Uns viejos, unas muchachas pobres y algunos muchachos estaban presentes en tierra; nos pusimos entre ellos en la misma postura, y vertiendo copiosas lágrimas, decíamos en lo íntimo de nuestros corazones: Perdonadnos, Señor, si hemos murmurado al ver la desolación de nuestro templo, y perdonad á nuestra inconstante razon. El hombre no es otra cosa que un edificio arruinado y un destrozado del pecado y de la muerte: su amor tibio, su titubeante fe, su limitada caridad, sus imperfectos sentimientos, sus insuficientes pensamientos y su corazón trastornado, no son en él sino ruinas.

CAPITULO IV.

EFFECTO PINTORESCO DE LAS RUINAS.—RUINAS DE PALMIRA, DE EGIPTO, ETC.

Las ruinas, consideradas bajo aspectos pintorescos, emblesan mas en un cuadro que un monumento entero y reciente. En los templos que no están maltratados de los siglos, ocultan sus paredes una parte del paisaje, é impiden que se perciban las columnas y molduras del edificio; pero cuando llegan á caer, no quedan de ellos mas que unas masas aisladas, entre las cuales se des-

cubren por lo alto y á lo lejos los astros, nieves, bosques, ríos y montes. Entonces por un efecto natural de la óptica, se retiran los horizontes, y las galerías suspendidas en el aire se dividen sobre el fondo del cielo y de la tierra. Estos bellos efectos no han sido desconocidos de los antiguos, pues levantaban circos sin maticos ó grandes moles, para dejar paso franco á todas las ilusiones de la perspectiva.

Tienen también las ruinas conformidades particulares con sus desiertos, según el estilo de su arquitectura, los sitios donde se hallan colocadas y los reinos de la naturaleza y meridiana que ocupan.

En los países cálidos, que son poco favorables á las yerbas y musgos, se ven decenas de las gramas que adornan nuestros castillos góticos y torres viejas; pero tambien los vegetales mayores se unen á los mas grandes modelos de su arquitectura. En Palma divide la palma las cabezas de hombre y de leon que sostienen los chapiteles del templo del sol; la palma en su columna reemplaza la columna derribada; y el albricigo, que los antiguos consagraban á Harpócrates, se eleva en la morada del silencio. Aun se ve allí una especie de árboles, cuyos desahinados hojas y fruta blanca presentan con los escorbos pendientes unos bellos contrastes de tristeza. Algunas veces una caravana detenida en estos desiertos multiplica los efectos pintorescos. El traje oriental hermana bien su nobleza con la de estas ruinas, y los camellos y dromedarios parece que aumentan las dimensiones, cuando echados entre los grandes fragmentos de albañilería, no dejan ver aquellos animales sino sus rojas cabezas y sus gibadas espaldas.

Las ruinas en Egipto mudan de carácter; por lo comun presentan en un corto espacio todas las especies de arquitectura y toda suerte de memorias. Las columnas del antiguo estilo egipcio se levantan junto á la elegante columna corintia; un trozo de órden toscano se une á una torre árabe, un monumento del pueblo pastor á otro del tiempo de los romanos. Las Estinges, Anubis, estatuas mutiladas, obeliscos destruidos, han ido rodando hasta el Nilo; otros se hallan metidos en tierra, ó escondidos bajo los arroyales, ó entre los campos de habas y de trébol. Algunas veces, en las inundaciones del río, parecen estas ruinas sobre las aguas una grande flota; y otras, las nubes figuran ondas sobre los lados de las pirámides, las dividen en dos mitades. El chakal, subido sobre un pedestal vacío, extiende su hocico de lobo por detrás del busto de un Pan con cabeza de carnero; la gacela, el avestruz, el ibis y la lechuza saltan entre los escorbos, y la polla sultana se mantiene inmóvil, como una ave jorgifera de granito ó de pórfido.

El valle de Tempé, los bosques del Olimpo, las costas de Atica y del Poloponeso, ostentan por todas partes las ruinas de la Grecia. Allí

principian á descubrirse los musgos, las plantas enredaderas, las flores llamadas saxátiles ó requeros; y una guirnalda de jazmin abraza á una Venus antigua, como si quisiera darla su cénitro. Unos filamentos de musgo blanco bajan de la barba de una hebé; crece la amapala sobre las hojas del libro de Mnemosino, verdadero símbolo de la fama pasada y del presente olvidado de estos lugares. Las ondas del Egeo, que vienen á morir bajo estos pórticos ruinosos, Filomela que se lamenta, Aleyon que llora, Cadmo que extiende sus eslabones al rededor de un altar, el circo que hace su ruido en el seno de una Leda, todos estos accidentes producidos por las gradas, cantan estas reliquias poéticas. Un soplo divino parece que anima aun el polvo de los templos de Apolo y de las musas; y todo aquel sitio bañado del mar se parece á un hermoso cuadro de Apolo consagrado á Neptuno y colgado á sus orillas.¹

CAPITULO V.

RUINAS DE LOS MONUMENTOS CRISTIANOS.

Las ruinas de los monumentos cristianos to tienen la misma elegancia que las de los griegos y romanos; pero bajo otros aspectos pueden muy bien competir. Las mas bellas que se conocen están en Inglaterra, principalmente hacia el Norte, á las orillas de los lagos de Cumberland, en las montañas de Escocia y aun en las Orcadas. Los costados bajos del coro, los puntiagudos arcos de las ventanas, las cinceladas obras de las bóvedas, las pilastras de los claustros y algunos trozos del campanario, son las únicas partes que mas han resistido á los esfuerzos del tiempo.

En los órdenes griegos, las bóvedas y los cintros siguen paralelamente los arcos del cielo, de modo que sobre la tinta parda de las nubes ó sobre un paisaje oscuro, se pierden en los fondos. Al contrario, en el órden gótico las puntas convienen en todo con la redondez de los cielos y con la curvatura del horizonte. Además de que componiéndose de huecos el órden gótico, se adorna mas fácilmente con yerdas y flores, que los lienzos de los órdenes griegos. Los multiplicados filetes de las pilastras y las bóvedas sembradas de hojas, ó huecos en forma de cesta, figuran unos canastillos donde los vientos llevan con el polvo las semillas de los vegetales. La siempreviva se arraiga en los cimientos; los musgos empapan escorbos desiguales en su pelo elástico; la zarza hace salir sus círculos oscuros en el rasgado de una ventana, y la hiedra, extendiéndose á lo largo de los claustros setentrionales, forma festones en los arcos.

No hay ruina alguna que tenga efectos mas pintorescos que estos escorbos. Bajo de un cielo

¹ Véase la nota 35 al fin de la obra.

nebuloso, en medio de vientos y tempestades y á la orilla de aquel mar, cuyas borrascas describió Ossian, tiene su arquitectura gótica algo de grande y oscura, como el Dios de Sinai, cuya memoria perpetúa. Sentado el viajero en las Orcadas, sobre un altar destruido, se asombra de la tristeza de estos lugares. Un vasto Océano; escollos cubiertos de espesa niebla; valles en que se descubre la piedra de un sepulcro; torrentes que corren por entre matorrales, y algunos pines rojizos, esparcidos sobre un cerro pelado flanqueado de capas de nieve, es lo único que se ofrece á la vista. Grande el viento en las ruinas; y sus inenarrables resacaos son otros tantos conductos por donde salen sus gemidos. El órgano no despendia en otro tiempo tantos suspiros bajo aquellas bóvedas religiosas. En las aberturas de las cúpulas se menan unas largas yerbas. Por detrás de aquellas aberturas se ve pasar la nubo y volar el águila marina. Otras veces, extraviado de su ruta un navio, cubriéndose con sus redondos lienzos, como se cubre con sus alas un espíritu de las aguas, surca el negro Océano; y con el soplo del águila parece que se postra á cada paso, saludando los mares que bañan los escombros del templo de Dios.

Por estas desaseoñadas playas pasaron aquellos hombres que adoraban la *Sádivarta* que se paseaba bajo las ondas. Unas voces se mezclaban sus cánticos religiosos con el ruido de los mares: «¿Cuán vasto es este mar que extiende lejos de sí sus brazos espaciosos?» Otras, metidos en la gruta de Eragal, meditaban en silencio junto á los respiraderos del Océano, creyendo oír aquella voz que decía á Job: «¿Sabéis quién ha encerrado al mar dentro de sus diques, cuando rebosaba saliendo como del seno de su madre, quasi de vulva procedías?» Por la noche, cuando se sentían las tempestades del invierno y se ocultaba el monasterio entre los romolinos, los tranquilos cenobitas, retirados al fondo de sus celdas, se dormían con el murmullo de las tempestades, rezojándose de verse embarcados en el navio del Señor, que jamás perece.

«Sagrados restos de los monumentos cristianos! vosotros no traéis á la memoria ningún sangre, algunas injusticias y ninguna violencia, como lo hacen otras muchas ruinas, ni recordais mas que una historia apacible, ó cuando mas aquella sangre divina y aquellos dolores misteriosos del hijo del hombre? Y vosotros, ermitaños santos, que para llegar á unos retiros mas afortunados os desterrasteis á los hielos del polo, gozáis al presente el fruto de vuestro sacrificios; ¿no es verdad que si hubiera entre los angeles, así como entre los hombres, campos habitados y lugares desiertos, hubiérais escogido las soledades del cielo para ocultar en ellas vuestra felicidad, así

como abrazasteis las soledades de la tierra para sepultar en ellas vuestras virtudes?»

CAPITULO VI.

ARMONIAS MORALES.—DEVOCIONES POPULARES.

Dejamos las armonías puramente físicas de los monumentos religiosos y de las escenas de la naturaleza, para entrar en las morales del cristianismo. Es preciso colocar en la primera clase con aquellas *las devociones populares*, que consisten en ciertas creencias y ritos practicados por el pueblo, sin que estén mandados ni prohibidos por la Iglesia, y son en efecto unas armonías de la religión y de la naturaleza. Cuando el pueblo cree oír la voz de los difuntos en los vientos, cuando habla de las fantasmas nocturnas y cuando va en peregrinación para aliviar sus males, es evidente que estas opiniones no son mas que unas tiernas relaciones entre algunas escenas naturales, algunos dogmas sagrados, y la miseria de nuestros corazones; de lo cual se sigue, que cuantas mas devociones populares tiene un culto, es tanto mas poético, por cuanto la poesía se funda en los movimientos del alma y los accidentes de la naturaleza, que se hacen misteriosos por medio de las ideas religiosas.

Son dignos de compasion los que queriendo sujetar todo á las reglas de la razon, condenan con rigor las creencias que ayudan al pueblo á soportar los disgustos de la vida, y le enseñan una moralidad que no podran sacar jamás de las mejores leyes. Es cosa apreciable, dígame lo que se quiera, que todas nuestras acciones estén llenas de Dios y que estemos continuamente rodeados de sus milagros.

El pueblo es mucho mas sabio que los filósofos. Cada fuente, cada cruz puesta en un camino y cada suspiro del viento por la noche; trae consigo un prodigio. Para el hombre que tiene fe, es la naturaleza una constante maravilla. Cuando siente algun dolor, reza al santo de su devoción y siente alivio. Cuando necesita ver de nuevo un pariente ó amigo, hace un voto, toma el bordon de peregrino, atraviesa los Alpes ó los Pirineos, visita á Nuestra Señora de Loreto ó á Santiago de Galicia; se postra, pide al santo le conceda un hijo (pobre marinerito, errante tal vez por los mares), que prolongue la vida de un padre, ó que sane á una esposa. Con esto se alivia su corazón, se restituye á su choza, y cargado de cochulas hace resonar las aldeas con su cáncro, y canta con suma complacencia las bondades de María madre de Dios. Todos quieren tener algo de lo que trae el peregrino. «¿Cuántos males se han curado por medio de una cinta bendita! Llegá finalmente el peregrino á su aldea, y lo primero que se le presenta es su mujer reclinada parida, un hijo vuelto á parecer ó su viejo padre remozado.

¹ Ps. 103, v. 25.

² Job, cap. 38, v. 8.

¡Felices, mil veces felices los que creen! No pueden sonreírse sin contar siempre con esta alegría, ni pueden llorar sin pensar que van á acabarse sus lágrimas. Nunca se pierden sus llantos: la religión los deposita en su urna y los presenta al Eterno Padre.

Los pasos del verdadero creyente no son jamás solitarios: el ángel bueno asiste á su lado, y el deficiente del malo, dándole consejos en sus sucesos. Le es tan favorable este celestial amigo, que consistente en beneficio suyo vivir desterrado en la tierra.

¿Se halla acaso en los antiguos una cosa tan admirable como la multitud de prácticas monudas usadas antiguamente en nuestra religión? Cuando se encontraba en un bosque el cuerpo de un hombre asesinado, se plantaba en aquel sitio una cruz en señal de misericordia. Esta cruz pedía al samaritano una lágrima de compasión por aquel desgraciado, y á los fieles de la ciudad una oración por su hermano, que sería tal vez algún pobre extranjero distante de su país, como lo estaba su patria celestial aquel ilustre desconocido sacrificio por la mano de los hombres. ¡Qué comercio entre Dios y nosotros! ¡qué elevación tan prodigiosa da esto á la naturaleza humana! ¡qué asombro causa hallar tanta semejanza entre nuestros días morales y los eternos destinos del Señor del mundo!

No hablabamos de los jubilos sustituidos á los juegos seculares, que en ciertas épocas surgen á los cristianos en la piscina del arrepentimiento, purifican las conciencias y llaman á los pecadores á la amnistía de la religión. Tampoco diremos cómo en las calamidades públicas, tanto los grandes como los pequeños, iban descalzos de iglesia en iglesia, para desarmar la cólera de Dios, y que al frente de ellos iba su pastor con una soga al cuello, como una humilde víctima ofrecida por la salud del rebaño.

Pero el pueblo había desaparecido el miedo de estas plagas terribles cuando tenía en su cuarto el Cristo de ébano, el laurel bendito y la imagen del santo protector de la familia. ¡Cuántas veces se ha postrado delante de estas reliquias, para implorar los auxilios que no había podido conseguir de los hombres!

¿Quién es el que no conoce á Nuestra Señora de los Bosques, esto es, la habitadora del hueco del santo protector de la familia. ¡Cuántas veces se ha postrado delante de estas reliquias, para implorar los auxilios que no había podido conseguir de los hombres!

¿Quién es el que no conoce á Nuestra Señora de los Bosques, esto es, la habitadora del hueco del santo protector de la familia. ¡Cuántas veces se ha postrado delante de estas reliquias, para implorar los auxilios que no había podido conseguir de los hombres!

Esta imagen es muy celebrada en todas las aldeas á causa de sus milagros. Muchas matronas os dirán que se han minorado sus dolores de parto al invocar á la dulce *Maria de los Bosques*. Las jóvenes que habían perdido sus novios reconocieron muchas veces á la claridad de la luna las almas de aquellos mozos en este lugar solitario, y percibieron sus voces en los suspiros de la fuente. Las palomas que beben sus aguas tienen siempre huecos en sus nidos, y las flores que se hallan en sus bordes están siempre con bo-

tones en sus tallos. Era conveniente que esta Santa de los bosques hiciese tan dulces milagros como los musgos que habita, y tan encantados como las aguas que la encubren.

En los grandes acontecimientos de la vida es donde las costumbres religiosas ofrecen sus consuelos á los desgraciados. En una ocasión fui testigo de un naufragio. Luego que llegaron á la playa, los marineros se quitaron sus vestidos, quedándose solo con los pantalones y camisa mojados. Habían hecho un voto á la Virgen durante la tempestad; se fueron en procesión á una capilla pequeña dedicada á Santo Tomás. El capitán iba al frente de ellos, y el pueblo les seguía cantando todos el *Ave, maría, stellas*. Celébrase el capellan la misa de los naufragos, y los marineros colgaron sus vestidos calados de agua del mar en las paredes de la capilla, *ex-voto*. La filosofía puede muy bien llenar sus páginas de palabras magníficas, pero dudamos que los desgraciados vayan jamás á colgar sus vestidos en su templo.

La muerte, que es tan poética porque toca á las cosas inmortales, y tan misteriosa á causa de su silencio, debía anunciarse al pueblo por algún medio sensible. Una vez se había prevenido una muerte por el voz de una campana que sonaba por sí sola; otras el moribundo oía dar tres golpes sobre el techo de su cuarto. Una religiosa de San Benito, poco antes de morir, hallaba una corona de espino blanco sobre el umbral de su celda. Cuando una madre perdía un hijo que andaba viajando, lo sabía al instante por medio de sus sueños. Los que niegan los presentimientos, no conocerán jamás los caminos secretos por donde dos corazones que se aman se comunican desde un cabo del mundo á otro. Muchas veces un difunto querido, saliendo del sepulcro, se presentaba á su amigo encargándole algunos sufrimientos para sacarlo de las llamas del purgatorio y conducirlo al seno de las inagotables felicidades. De este modo la religión había hecho participar á la amistad del inexplicable privilegio que tiene Dios de franquear una eternidad feliz.

Una opinión de especie diferente, pero siempre de carácter religioso, inspiraba la humanidad: son tan sencillas que sorprenden al escritor. Para aliviar de una golondrina, matar un pitorro, un royezuelo, un grillo, huésped de la casa de campo, ó un perro que conveja en el servicio de la familia, era una suerte de impiedad que no dejaba, según se decía, de traer consigo alguna desgracia. Por un admirable respeto que se tenía á la vejez, se creía que las personas ancianas eran de feliz agüero en una casa, y que un criado antiguo hacia dichoso á su amo. Aquí se hallan algunos vestigios del culto relativo á *Larvæ*, y se recordará la hija de Laban cuando llevó sus dioses paternos.

El pueblo estaba en la persuasión de que nadie cometía una acción mala sin condenarse á ver en lo restante de su vida espantosas apariciones á su lado. La antigüedad, mas sabia que nosotros, se guardaba muy bien de destruir estas útiles armonías de la religión, de la conciencia y de la moral; ni tampoco desecharía la otra opinión que daba por cierto que cualquiera que disfrutaba bienes mal adquiridos, había hecho un pacto con el espíritu de las tinieblas y legado su alma á los infiernos.

Finalmente, los vientos, lluvias, soles, estaciones, cosechas, labranzas, artes, nacimiento, infancia, himeneo, vejez y muerte, todos tenían sus santos y sus imgenes, y jamás hubo pueblo mas rodeado de divinidades amigas que el cristiano. No se trata aquí de examinar rigurosamente estas creencias. Tan lejos está la religión de ordenar nada en el asunto, que por el contrario, procura incessantemente prevenir los abusos y corregir los excesos. Solo se trata saber si es moral su objeto y si son mejores que las leyes para conducir el pueblo á la virtud. ¿Qué hombre sensato puede dudarlo? A fuerza de gritar contra la superstición, se vendrá á parar en abrir el camino á todos los crímenes. Lo que espantará mas á los sofistas, es que en medio de los males que habrán causado, ni aun tendrán la satisfacción de ver al pueblo mas incrédulo. Si cesá de someter su espíritu á la religión, inventará monstruosas opiniones. Se vera apoderado de un terror tanto mas extraño, cuanto no conocerá el motivo; temblará en un cementerio donde ves grabado que la muerte es un sueño eterno, y afectando despreciar el poder divino, irá á consultar á una gitana ó á buscar sus destinos en los diversos colores de un naipe.

Lo maravilloso, lo futuro y la esperanza son necesarios al hombre, porque conoce que ha sido criado para la inmortalidad. Los conjuros, la nigromancia, son entre el pueblo instinto ó señal de religión, y una de las pruebas mas sensibles de la necesidad de un culto. Cuando no se cree nada, se está muy cerca de creerlo todo; hay adivinos cuando no hay profetas: hay maleficios cuando se renuncian las ceremonias religiosas, y se abren las cavernas de los hechiceros cuando se cierran los templos del Señor.

CAPITULO VII.

REUNION DE LAS ARMONÍAS FÍSICAS Y MORALES.

Vamos ahora á confundir las armonías precedentes y acabar de pintar los efectos del culto y de la moral evangélica con nuestras tumultuosas pasiones y las apacibles escenas de la naturaleza. Pero en vez de dar preceptos, ofreceremos solo ejemplos; callará el autor para que hablen otros personajes. Diremos de Atala a los lectores lo que decía el Dante de sus cantos: *Si os espanta mi lenguaje, discúlpeme la novedad.*

LIBRO SEXTO.

SIGUEN LAS ARMONÍAS DE LA RELIGION CRISTIANA CON LAS ESCENAS DE LA NATURALEZA Y LAS PASIONES DEL CORAZON HUMANO.

ATALA, Ó LOS AMORES DE DOS SALVAJES EN EL DESIERTO.

PROLOGO.

Poseía antiguamente la Francia en la América Setentrional un vasto imperio que se extendía desde el Labrador hasta las Floridas, y desde las orillas del Atlántico hasta los mas distantes lagos del alto Canadá.

Dividen estas inmensas regiones cuatro caudalosos rios que tienen su origen en las mismas montañas, y son el de San Lorenzo, que se pierde al Este en el golfo de su nombre; el de Oeste, que lleva sus aguas á mares desconocidos; el Borbon, que se precipita de Mediodía á Norte en la bahía de Hudson; y el Meschacébé, que desagua de Norte á Mediodía en el golfo de México.

Este último rio, en un espacio de mas de mil leguas,iega un delicioso pais llamado el Nuevo Eden por los habitantes de los Estados-Unidos, y á quien los franceses dieron el dote nombre de Luisiana. Otros muchos rios, tributarios del Meschacébé, como el Misouri, el Illinois, el Akanza, el Ohio, el Wabache y el Tensas, lo engruesan con su ciego y lo fertilizan con sus aguas. Cuando llegan á hincharse estas rios con las lluvias del invierno y arrastran las tempestades pedregosas enteros de bosques, se amontonan en las manantiales los arboles arrancados; luego los consolida el lodo, los juncos los enlazan, y las plantas que arraigan entre ellos acaban de cimentarse. Arrastradas de las espumosas ondas estas balsas, bajan al Meschacébé. Se apodera de ellas el rio, las arroja al golfo Mejicano, las uncilla sobre bancos de arena, aumentando de este modo el número de sus embocaduras. A intervalos levanta su ronca voz cuando baña las faldas de los montes y esperece sus aguas por las ondulatas de los bosques y por las sepulcrales pirámides de los indios: este es el Nilo de los desiertos. Pero la gracia anda siempre unida á la magnificencia en las escenas de la naturaleza; y mientras que la corriente del medio conduce al mar los cadáveres de los pinos y encinas, se ven á lo largo de las orillas de las dos corrientes laterales unas islas flotantes de alfonsigos y de nenúfares, otras amarillentas flores se levantan como unos pequeños pabellones. Serpientes verdes, garzas reales azules, flamencos color de rosa y cuculidos pequeños se embarran en estos navios de flores; y desple-

1. Verdadero nombre del Mississippi ó Meschacébé.